

Ya no le interesa la simple narración, el tema en sí no tiene la importancia que antes se le daba y aun el argumento mismo tiene un valor secundario. Las grandes novelas apenas si tienen argumento; v. gr.: *Crimen y Castigo* de Dostoiewsky. Lo que interesa es el hecho, la acción, el drama interno de los personajes, su psiquis. La novela moderna es psicoanalítica, y ha encontrado su realización más perfecta en Proust. La novela objetiva se ha recluso a Hispano América, acá donde hay pueblos que se forjan, donde todavía se lucha con la naturaleza. Por eso la novela hispanoamericana tiene un carácter narrativo, como la epopeya primitiva. Pero nuestra sensibilidad europeizada prefiere aquellas otras novelas. . .

Przybyszewesky no se contentó con hacer declaraciones acerca de la forma cómo él concibe la novela, sino que lo probó escribiendo de acuerdo con su sentir. Así al menos podemos nosotros comprobarlo con su novela «De Profundis», (1) traducida recientemente del polaco al castellano por el profesor Isaac Edelstein. El argumento de esta novela es breve, acaso insignificante. Es un caso de incesto el novelado. La fuerza dramática de los hechos, la intensidad de la pasión sexual que domina a la pareja de hermanos que parecen como poseídos por el morbo de la satiriasis, las tragedias provocadas por la libide, todo ello hace estremecer la sensibilidad del lector, quien ve y oye a esos seres que se rechazan con odio y se abra-

zan frenéticos, enloquecidos en los estertores del orgasmo. Fuera de la razón, los hermanos viven tiranizados por el sexo. Acaso cabría hacer de esta novela una interpretación freudiana.

Sin ubicación en tiempo y lugar, los hechos *presentados* por el escritor polaco pueden desarrollarse en cualquier país de la tierra donde haya seres dominados por la pasión sexual. Sus personajes viven bajo un clima universal. El autor desaparece, y sólo vemos actuar a los héroes, pudiendo, a través de sus acciones, penetrar en sus psiquis, lo cual no da un conocimiento cabal de ellos, de sus vidas internas y externas, más que si nos hiciesen la descripción de sus físicos y el relato de los acontecimientos en que intervienen.

«Las palabras—ha escrito su traductor—no sirven para describir lo que es esta obra. Sólo la música de Chopin puede provocar en nosotros estos estados de ánimo, estas impresiones de sufrimientos sobrehumanos.»

Se trata, pues, de una obra maestra.—*Milton Rossel.*

CRIOLLOS EN PARIS, por *Joaquín Edwards Bello.*

Es condición del novelista crear-nos un ambiente, darnos una atmósfera distinta a la que respiramos cotidianamente, trasladarnos en cuerpo y espíritu a latitudes desconocidas, oponiendo a nuestra realidad objetiva y circundante la realidad subjetiva y lejana de su imaginación. Es decir, llevar-nos al clima de sus ficciones. Pero

(1) Empresa Letras. Santiago de Chile, 1933.



no debemos entrar en él empujados por el escritor ni aun advertir su presencia. El novelista debe desaparecer dejando que nosotros nos encontremos viviendo una nueva existencia, inmersos nuestros espíritus en un mundo desconocido.

Joaquín Edwards Bello en su última novela «Criollos en París» (1) consigue este objetivo. Hemos sido insensiblemente trasladados a París; estamos sumergidos en su atmósfera; recorreremos sus calles patinadas de historia y sus cabarets exultantes y rumorosos. Somos arrollados por el torbellino urbano que la vida cosmopolita crea. Quisiéramos también incorporarnos a la farándula, y hundirnos en ese París de antes de la guerra, tumultuario y sentimental, donde el francés meticuloso y galante tenía siempre una sonrisa para ocultar su patriotismo egoísta y agresivo. Allá nos lleva Edwards Bello. Somos amigos de Pedro Plaza; amamos a Lucía Salcedo; nos gustaría tener una aventura con Lisette; odiamos a Bascuñán, en quien aflora el alma tortuosa del indio avieso; encontramos equívoca la actitud de José Dueñas; los rastacueros nos producen repugnancia... Convivimos con los numerosos personajes que pasan bajo la lente del novelista en una sucesión vertiginosa como en el cine. Llegan, toman una actitud de cineastas, los enfoca el operador, y luego se esfuman... Es esta una novela cinematográfica.

Así la quiso su autor, intrascendente y agradable. Y como en una película yanqui, intrigas, odios, amores, juego, mucho juego, huídas espectaculares, y un final feliz en que la pareja se casa... Acaso el mejor elogio de esta novela sea decir que coge al lector. Y ello es mucho en estas tierras donde los escritores son, o enervantes por su retórica, o soporíferos por sus descripciones minuciosas de la naturaleza, cuando no, presuntuosos al querernos dar una interpretación psicológica de estos pueblos amorfos.

«El imperativo de la novela es la autopsia» ha dicho Ortega y Gasset. Edwards Bello no se deja seducir por las condimentadas frases del maestro español, y escribe dejándose arrastrar por su temperamento de novelista objetivo, que aprehende los hechos e hilvana con ellos aventuras manteniendo en el lector tenso el interés y con ansias crecientes de sorprender el desenlace, como en los folletines. No le preocupa la psique de sus personajes; apenas si logra rasguñar en sus epidermis, y sólo atisba en sus intimidades para darnos una mayor sensación de realidad. Así logra presentarnos verdaderos criollos que viven en París, atormentados por pequeñas pasiones. Es que llevan su provincianismo a donde quiera que vayan, porque lo llevan en la sangre. ¡Y qué riqueza de observaciones punzantes acerca de ellos, qué desfile más compacto de personajes menguados que usufructúan de las rentas fiscales para

(1) Editorial Nascimento. Santiago de Chile, 1933.

satisfacer sus ambiciones de simios! En medio de las aventuras novelescas, irrumpe el periodista cáustico.

El estilo de Edwards Bello es despreocupado; sus frases espontáneas y sus figuras gráficas dan la sensación del gran señor que relata en forma subyugante lo que vió en sus andanzas por los caminos de la vida. Hay en su prosa ese descuido barojiano que da al relato extraordinario poder de atracción sujetando al lector como con una cuerda invisible. Así sus personajes cuando dialogan, así en las descripciones.

Ese colorido de su estilo, esa frescura de su prosa, llana como la de un conversador ameno, hacen que nos hayamos trasladado a París y nos encontremos viviendo toda aquella vida liviana y bohemía que fué la aspiración de nuestra primera juventud en sus sueños sentimentales. Como buenos criollos.

Podrá decirse que la técnica novelesca de Edwards Bello es la del realismo declinante, de que su estilo no ha sido lo suficientemente retocado, de que es pobre la psicología de sus personajes y de que a la morosidad de las novelas psicoanalistas ha opuesto la nerviosidad de los relatos de aventuras. lo cierto es que leemos esta novela con interés, que nos encariñamos con sus personajes, que estamos preocupados de su suerte. Y esto quiere decir que esta es una novela, una verdadera novela, para toda clase de lectores. Su arte no es aristocrático ni menos aristo-

cratizante. Su emoción es sincera y espontánea y vibrante en expresión como fiel trasunto de su espíritu.—*Milton Rossel.*

## ENSAYOS

EL ALMA DEL NIÑO PROLETARIO, por  
*Otto Rühle.*

El niño es un material que innumerables manos se disputan. Algunos individuos quieren hacer con él un ser religioso, otros un ser moral; algunos un ser civil y democrático, otros un ser aristocrático; algunos un ser científico, y otros, finalmente, un ser comunista, un elemento de la lucha de clases. Los padres quieren que sus hijos sean como él es o como él ha sido; el maestro, por su parte, sea pequeño-burgués o comunista, desearía dar al niño una fisonomía espiritual, de acuerdo con sus ideas, convertirlo en un ente que contribuya a engrandecer, en el futuro y gracias a su obra, la doctrina de que está animado. Y el niño, situado en medio de todos los energúmenos que pretenden apoderarse de él para convertirlo en esto o en lo otro; el niño, que no tiene opinión ni está organizado, que no puede resistirse; el niño, a quien no interesa, en realidad, nada de lo que interesa a los adultos; el niño, que sólo quisiera jugar, no pasar hambres y andar calentito; el niño, decimos, ese ser maravilloso, a quien le basta un poco de cuidado y de amor para ser feliz. llega, de esta manera, a convertirse en la víctima de todos los que se creen con derecho para formarlo y organizarlo.